

la sabiduría divina y no habían tenido en cuenta que podía confundirlos y avergonzarlos; mas Nuestro Señor, que no quería triunfar de ellos como un conquistador ordinario del mundo, ni tampoco perecer y morir como un sedicioso, creyó conveniente no dejar ni un solo pretexto á su mala fe y perversa intención, y así les dijo: «*Yo os hablo, y vosotros no me dáis crédito. Las obras que yo hago en nombre de mi Padre dan testimonio de mí. Yo y mi Padre somos una misma cosa.*»

Al oír ellos tales palabras, cogieron piedras para arrojárselas; habían comprendido lo que había dicho Jesús, pero no lo confesaban, y convenía conocer su voto y parecer para que sus palabras mismas fueran la respuesta que querían arrancar de los labios de Jesús; por eso Nuestro Señor continuó diciendo: «*Yo he hecho delante de vosotros muchas obras buenas con el poder de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis?*» Á lo que contestaron los judíos que no le perseguían por ninguna obra buena, sino por sus blasfemias y porque, siendo hombre, se hacía Dios.

Sin apartarse de la prudencia que usó en todas sus obras, y en su trato y enseñanza á los extraviados y perversos, Jesús confirmó lo mismo que ellos habían oído ya de sus labios y les dijo: «*¿No está escrito en vuestra Ley: Yo he dicho: Vosotros sois Dioses? Si, pues, la Escritura, que no puede reprocharse, llama Dioses á los jueces de Israel, ¿cómo es que vosotros decís á Aquel que el Padre ha santificado y enviado al*

mundo; cómo, repito, decís: Tú blasfemas, porque Él ha dicho: Yo soy el Hijo de Dios? Si yo no hago las obras que hace mi Padre, no me creáis; pero si las hago, entonces, aunque no deis crédito á mis palabras, al menos creed á mis obras, y conoced y creed que el Padre está en mí y que yo estoy en Él.» Los judíos, oído ese discurso tan concluyente del divino Maestro, no pretendieron discutir ni razonar más, y buscaron y estudiaron el modo de apoderarse de Él; pero Jesús se escapó, como antes ya lo había hecho, bien haciéndose invisible, ó bien dejándolos á ellos inmóviles, y salió de Jerusalén.

LA OVEJA, LA DRACMA Y EL HIJO PRÓDIGO

Jesús se fué al otro lado del Jordán, donde Juan había principiado á bautizar, y permaneció algún tiempo allí, atrayendo con su bondad paternal multitud de gentes y muchos publicanos y pecadores, no rechazando á ninguno de ellos, sino instruyéndolos á todos, por lo cual los fariseos, los doctores y los escribas, que siempre eran los mismos por su envidia y malicia, no cesaban de censurar y condenar su dulzura y condescendencia para con la gente de baja condición y de mala fama; y para deshonrarle, decían: «*Mirad este hombre cómo recibe los pecadores y come con ellos.*»

Á esa murmuración contestó Jesús proponiendo la parábola del buen pastor, que deja las noventa y nueve ovejas de su

rebaño por buscar una sola que se había extraviado, y la de la mujer que se alegraba de haber encontrado la dracma perdida. Con ese fin les decía que los ángeles de Dios en el cielo se alegran más con la conversión de un solo pecador que con la penitencia de noventa y nueve justos, y además les hacía concebir una idea más justa y más grandiosa de la largueza de la divina misericordia por medio de la memorable parábola del hijo pró-

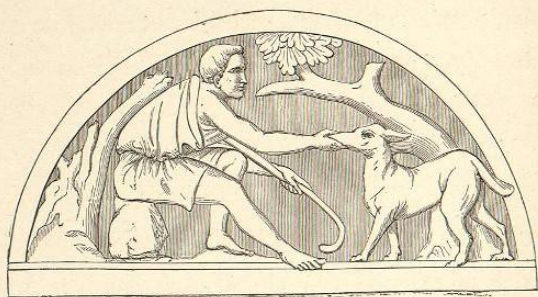


Lámina 72.—El buen pastor atrae hacia sí un lobo para convertirle en un cordero.—Escultura de las Catacumbas, conservada en el Museo del Vaticano.

digo, en donde el corazón del padre de familia se revela y trata con rasgos altamente tiernos y conmovedores. Todavía en esas figuras y parábolas, por más significativas que sean, no está expresado todo el amor de Dios y todo el amor del Salvador, porque, como es bien notorio, el padre á que se refiere la parábola atiende y mira por su hijo; pero Dios, el padre verdadero, llama y busca al pecador, su enemigo, encenagado en los desórdenes, y le insta á que se convierta, y le da seguridad de

perdonarle; y cuando toda esa solicitud no basta y ese celo no es suficiente, Él mismo va á buscarle donde quiera que se encuentre, pasando por ásperos caminos é imponiéndose los más dolorosos sacrificios para que su alma se salve.

Las tres antedichas parábolas, en cuanto á su objeto y fin principal, pueden reducirse á una sola; y cuanto más se las medita, más se admira la enseñanza tan dulce y consoladora que en ellas nos dió el Señor. Las cien ovejas de que habla la primera significan el dominio universal de Dios, pues el número ciento, que es número perfecto, es figura de la totalidad de las criaturas que fueron creadas de la nada buenas y perfectas, cada una según su naturaleza, en virtud de la omnipotente palabra de Dios; en la oveja perdida está representado el género humano, y el buen pastor es el Hijo de Dios, que deja los coros de ángeles y los justos del cielo para venir á la tierra á reparar la humanidad; y habiendo encontrado esa oveja caída y extraviada por causa de la culpa de Adán, en vez de castigarla ó de volverla al redil empujándola bruscamente, ó golpeándola con el látigo de que se vale un pastor mercenario, ó empleando el auxilio de perros feroces, al contrario, su presencia le inspira compasión y misericordia, y la carga sobre sus hombros para conducirla á la mansión de paz y de felicidad; y de la misma manera que el pastor llama á sus vecinos y amigos para que participen de su alegría por haber encontrado la oveja perdida, así también Jesucristo llama á los ángeles y á los justos, amigos

y predilectos suyos, y los exhorta á que se alegren y regocijen con Él; y no les dice, observa San Ambrosio, que se regocijen con la oveja encontrada, sino con Él, para darnos á entender que nuestra vida y nuestra conversión es su alegría, y nuestra vuelta al cielo y á los caminos que á él conducen es la dilatación y expansión de su felicidad.

La parábola de la oveja nos da á conocer que somos criaturas de Dios y que todos pertenecemos á su dominio y soberanía; y la parábola de la dracma, como moneda, lleva en sí grabado el busto ó imagen del Soberano, y nos enseña que hemos sido criados á imagen y semejanza suya. Se dice que la mujer que busca esa dracma tiene en la mano una lámpara encendida, para que entendamos que, así como la lámpara encendida alumbrá, aún cuando esté metida en un vaso material y frágil, así también la Divinidad del Verbo, aunque esté metida y encerrada en la frágil materia de la carne humana, despide rayos de luz é ilumina á todos los que habitan en las sombras de la muerte para que vuelvan á la vida. La mujer que tiene la lámpara en sus manos es figura de la Iglesia Católica, que tiene también la linterna y hermosa luz de la doctrina de Jesucristo, que es doctrina de verdad; y con la claridad que despide va dissipando todas las tinieblas del error al través de los tiempos y en la superficie de la tierra, y alcanzando el triunfo de todos los obstáculos que la suscita el espíritu del mal. La Iglesia, con esa antorcha de fe y de verdad, busca sin cesar, remueve, transfor-

ma, purifica y ejerce todo el celo evangélico propio de su divina misión para encontrar y convertir á la oveja perdida, imagen de los pecadores separados de la amistad de Dios por sus culpas y por sus excesos; y cuando ve sus esfuerzos coronados con la conversión de esas almas extraviadas, se alegra y quiere que con ella se alegren también todos sus hijos y todos los que aman á Dios y están interesados por su gloria.

La misma instrucción está reproducida en la parábola del hijo pródigo, sin más diferencia que, estando en ella más patente la falta del pecador, resalta así también más la misericordia de Dios. En las demás figuras parece que Dios no buscaba más que su bien y aquello que le pertenecía y que le era debido, mientras que en esta parábola se nos presenta su amor superior y más fuerte que la ingratitud humana. También aquí se encuentra una lección referente á los judíos, cuya dureza y envidia están maravillosamente retratadas, y además se predice nuevamente su conversión. El padre de familia tiene dos hijos, que representan dos pueblos: el mayor se queda en la casa paterna, y el otro pide su legítima, la recibe y se ausenta de la compañía de su padre. Los dos pueblos así representados son el pueblo judío y el gentil, de los cuales el primero conservaba el culto de un solo Dios, mientras que el segundo estaba entregado al culto de los ídolos.

El pueblo gentil ha recibido sus bienes, como son la razón, la libertad, las riquezas de la tierra y de los pastos y ganados, y

áun, en cierto grado y medida, también los tesoros de la gracia, como son los recuerdos de la revelación primitiva y la pro-

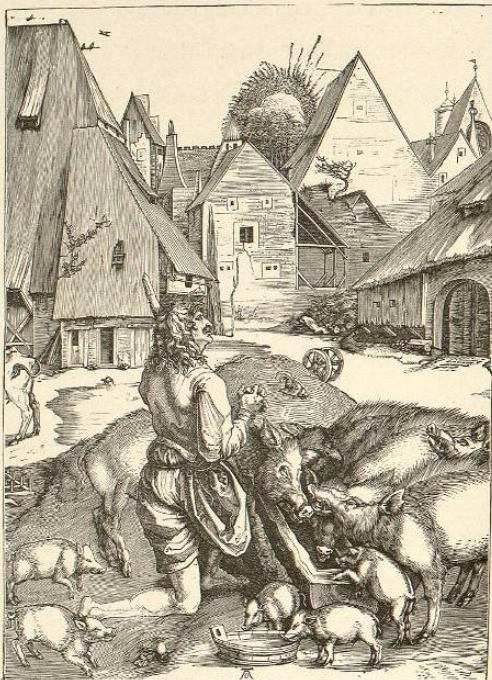


Lámina 73.—El Hijo pródigo, no teniendo para comer ni aún el alimento destinado á los puercos, dice : «Yo me levantaré e iré á mi padre y le diré : Padre, yo he pecado.»—Grabado de Alberto Durerro, del siglo XVI. Biblioteca de M. Ambr. Firmin-Didot.—El artista se ha representado bajo la figura del Hijo pródigo.

mesa del Redentor. Él se aleja de su padre, no precisamente por la distancia, dice San Agustín, porque Dios está en todas partes, sino por el corazón, que es con el que el pecador se se-

para de Dios y permanece lejos de Él. Durante tan lamentable separación disipa y malgasta todo su patrimonio, que le había sido entregado, porque la disipación y los vicios lo devoran todo; y separado de Dios, centro de vida y de luz, engolfado además en el cieno de los placeres, en el mar proceloso del mundo y engañado por los encantos de sirenas infernales, abandona completamente su espíritu al error, y entrega sin condición y reserva su corazón á las pasiones; y colocado en tan cruel estado, pierde la rectitud en su inteligencia, en su alma la pureza, la sensibilidad y el remordimiento en su conciencia, y hasta el discernimiento del bien y del mal. Por haberse separado de su padre, fué á parar á la idolatría, que es el colmo de la desgracia y del rebajamiento de la dignidad humana; y cuando ya todo lo había consumido, entonces viene el hambre, hambre de espíritu, hambre de corazón.

Reducido á tan degradante estado, se pone á servir en casa de uno de los habitantes de aquel extraño país, que es como si dijéramos un habitante ó príncipe de las tinieblas, y éste le envió al campo á guardar puercos; y por la calidad de la ocupación que al hijo pródigo le dió su señor, puede venirse en conocimiento de lo que éste sería. Efectivamente que no era humanitario, puesto que no le daba bastante de comer, y el escaso alimento que le daba no alcanzaba á llenar su necesidad, hasta el extremo que llegó á desear el saciarse de la misma comida que tenían los puercos, y ni aún esa se le daba, ni podía

conseguirla. Las cosas con que el señor del hijo pródigo alimentaba los puercos eran comidas insípidas, que carecen de toda sustancia, que llenan y hacen pesantez en el cuerpo sin nutrirle, y de esas sustancias, dice San Agustín haber probado él también por algún tiempo, y las enumera diciendo que eran las máximas del siglo, vanas apariencias, repugnantes sensualidades, semejantes á las de los puercos, festines cuyos convidados se revuelcan en la inmundicia, la voluptuosidad y los placeres, que aniquilan las potencias del alma y malean y pervierten todos los sentimientos del corazón. ¡Oh hijo del rey, que te ves obligado á guardar los rebaños de Satanás, mira que Satanás no te dará ni aún el alimento de sus puercos! ¡Cuida de ellos, engórdalos, pásalos de un punto á otro, habita entre su estiércol; ellos excitarán tu envidia, y tú jamás gozarás de su suerte ni de su alegría!

Ahí está el último recurso que le queda al pecador, la última gracia que Dios le envía; y aunque semejante estado en sí es una desgracia, de ella sabe Dios sacar el bien. Así, el hijo pródigo, que en la abundancia abandonó á su padre, ahora en la miseria y en la adversidad se acuerda de él, entra en cuenta consigo mismo y se resuelve á volver á la casa paterna, guiado de un sentimiento que había en el fondo de su corazón, que le decía que su padre no le despediría ni rehusaría, por más que había disipado todos los bienes que de él había recibido, y no le quedaba más que el instinto natural, que no podía perderle

sin dejar de existir, cuyo instinto no quiso el Padre verdadero dejarle á su arbitrio, precisamente para que no le abandonase y perdiese, ni aún escribirle en su espíritu para que no le borrara, sino que le grabó en su corazón con sello sagrado é indeleble, capaz de resistir el empuje de las pasiones y de sobrenadar y permanecer el mismo entre los huracanes y todos los naufragios de la vida.

Por esa causa, á pesar del envilecimiento á que había venido el hijo pródigo, ilustrado por esa luz inextinguible de su alma, conoció lo que debía hacer. «*Yo me levantaré, dijo, é iré á mi padre y le diré: Padre mío, yo he pecado y no soy digno de llamarme vuestro hijo; por tanto, tratadme como á uno de los criados que están á vuestro servicio.*» Este es el lenguaje de la esencia misma de la humana naturaleza, la cual ha sido creada de tal modo y en condiciones tales, que, después que ha caído y se ha desviado de su rectitud natural, tiene necesidad de un desahogo, de una revelación y confesión de su falta, y siente un impulso constante á declararse indigna y tal como se conoce delante de su Autor y Bienhechor ofendido, para que Éste se compadezca y se mueva á perdonarla su infidelidad y á otorgarla la gracia de la reconciliación, que por sí sola no puede alcanzar. Esos son los sentimientos naturales del corazón humano, el cual, desde el momento que se reconoce culpable, experimenta la imperiosa necesidad de alejar de sí el remordimiento que le arguye y de sacarse ese clavo que le atormenta sin cesar;

por ahí se comprende la infinita sabiduría y misericordia de Jesucristo al elevar ese mismo sentimiento de la naturaleza á un orden sobrenatural, para instituir el sacramento consolador de la Penitencia, segunda tabla después del naufragio para alcanzar el perdón de los pecados y llegar al puerto de salvación.

El hijo pródigo se levantó y puso en camino para ir en busca de su padre; y cuando todavía estaba algo distante de él, su padre le vió, y al momento, sin esperar á que su hijo hable ni se humille, corre presuroso hacia él, se arroja á su cuello y le abraza con toda la efusión de su alma. Así se reveló también Dios, dice San Pablo, por medio de Aquel que se apareció en este mundo como el amor y la bondad del mismo Dios.

Según la exposición del Crisóstomo, el padre corrió hacia su hijo, porque á éste le impedían acercarse los pecados que había en su alma; y antes de que pronunciase una sola palabra le besó sus labios, como para prepararlos á abrirse, á fin de que después saliese por ellos la confesión que subiría del corazón dolorido y penitente. Como Dios ve nuestros pensamientos ocultos, dice San Ambrosio, recibe nuestra confesión antes de haberla hecho; y si aún estamos algo alejados de ella, corre hacia nosotros por temor de que alguna tentación ó enemigo nos detenga ó nos haga variar de camino, y con celo verdaderamente paternal corre hacia nosotros, valiéndose de su prescencia, y luego nos abraza por medio de su clemencia, levantando con un arranque sublime de su amor todo lo que en nosotros

estaba caído y enderezando hacia el cielo todo lo que estaba inclinado hacia la tierra. Y el gran Padre de la Iglesia San Agustín, después de preguntar cuál es el brazo que se tiende al cuello del pecador, dice que es Jesucristo, que ha andado la distancia que hay desde su Padre hasta llegar adonde se encontraba la oveja perdida, y tuvo que bajar su omnipotente y misericordioso brazo para cogerla y abrazarla, porque así como el hombre obra por medio de sus brazos, Dios también obra por su Cristo, que es su brazo, y su mismo nombre significa ya la fuerza de Dios.

Cuando el hijo pródigo hace su confesión, principia por la palabra : «*Padre mío,*» y luego manifiesta que ha pecado y que no es digno de llamarse hijo suyo; pero no añade lo que se proponía, que era el que le tratase como uno de sus criados asalariados, porque ya no le es posible decir eso después de haber pronunciado el nombre tan dulce de padre en su presencia y después que el mismo padre le había abrazado. Esta demostración circunstanciada le da aliento para sentirse rehabilitado y restablecido en la condición de hijo, tanto más cuanto que el padre no le reprende, ni tampoco le recuerda la vida pasada, vida de excesos, de afrenta y de dolor, sino que, al contrario, dispone y manda que le quiten los harapos con que estaba cubierto; que se le ponga su primer vestido, su vestido de inocencia; que se ponga un anillo en su dedo, en señal de bodas, como prenda de unión y símbolo de la fe que después había de

brillar en sus obras, y que calzasen sus piés, para que éstos no tocaseen ya la tierra ni resbalasen por el camino. Dijo, por fin, á sus criados : «*Matad el ternero más gordo que encontréis, y comámosle, y alegrémonos, porque mi hijo estaba muerto y ha resucitado.*» El ternero gordo era figura de la víctima que el sacerdote acostumbraba ofrecer por los pecados en la Ley antigua, y en ese lugar simboliza el sacramento de la Eucaristía, en donde está la víctima inocente que debía nutrir la humanidad reparada, representada en el hijo pródigo, que estaba muerto. Todos, pues, se sentaron á la mesa y comenzaron el convite; y ahora, dice San Agustín, la fiesta se celebra en todo el universo.

Las tres parábolas que quedan mencionadas debían excitar la ira de todos aquellos que acusaban á Jesús de familiarizarse demasiado con los pecadores; y la respuesta á semejantes acusaciones se encuentra en lo que sucedió con el hijo mayor, el cual no quiso entrar en la casa, porque en ella se estaba celebrando la vuelta y conversión de su hermano, resistiendo hasta las súplicas que para ello le hizo su mismo padre. Este hijo mayor representa muy al vivo el pueblo judío, y así se ve que estaba en el campo, y, por tanto, aunque no se había marchado á un país muy lejano, estaba fuera de casa ocupado y entregado al trabajo enteramente terreno; y si bien servía á su padre, en realidad de verdad no le amaba. El hijo pródigo, pensando en su padre, creyó en su ternura, y por eso volvió y vino hacia él,

mientras que el hijo mayor duda de su justicia, ó, por mejor decir, la niega abiertamente, y, dominado de una mezquina envidia, se niega á entrar en casa, á pesar de que su padre se lo suplica, y en ese mismo estado fuera de la morada paterna le vemos todavía nosotros. Sin embargo, la salida del padre y su súplica para convencerle no serán estériles, y al fin harán violencia á su rebelde corazón; y cuando sea llegado el tiempo oportuno, en la plenitud de los tiempos, se acabará su obstinación y entrará.

Ese hijo mayor, así como aquellos que se quejaban contra el salario pagado á los obreros que fueron á trabajar á la hora undécima, representa esas almas exactas, pero de sentimientos bajos y llenos de envidia, las cuales, viviendo inútilmente en la amplitud y grandeza del Cristianismo, se atreven á querellarse de Dios y acusarle por las gracias de conversión con que previene y ayuda á los pecadores en sus últimos momentos de vida. Porque examinándose ellas á sí mismas, se encuentran justas, y siendo tales como se reputan, si bien con una virtud fría, y que por esa causa tiene necesidad de perdón é indulgencia, quisieran exigir con toda su voluntad y empeño que no se recibiese á los que han pecado de una manera pública y más ruinosa, obrando así con unos sentimientos contrarios á los fines misericordiosos de Dios, que, al mismo tiempo que aborrece el fariseísmo, se regocija y complace en la conversión de los pecadores. Teman, pues, almas tan ruines, no sea que su desprecio

al pecador y sus quejas contra la divina clemencia, las impidan á ellas entrar también en la casa paterna. Ya hace una laudable y gran confesión aquel que grita : «*Padre,*» y que se resuelve

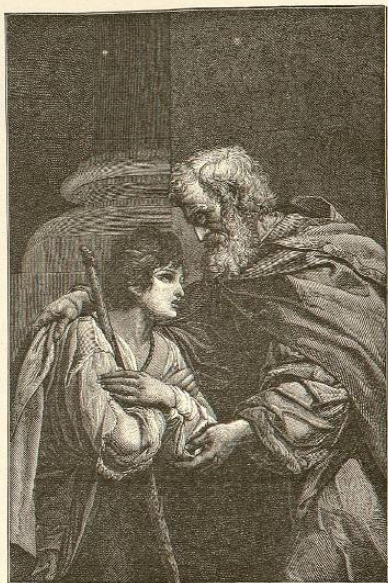


Lámina 74.—La vuelta del Hijo prodigo. Su padre le cubre con su manto y le perdona.—Cuadro de Lionello Spada, que se encuentra en el Musco del Louvre, y data del siglo XVII.

á ir á su padre y á decirle : «*Padre, yo he pecado,*» porque así da á Dios su verdadero y propio nombre y hace lo que Dios exige y lo que Dios tiene mandado. Por otra parte, ¿quiénes sois vosotros, pregunta San Ambrosio, para exigir del Señor que no

perdone? Jamás, pues, rechacemos á los que vienen de lejos, porque también nosotros hemos estado en apartadas regiones, y, sin embargo de venir de tal procedencia, hemos gustado de ser admitidos y recibidos.

El santo doctor hace ver el enlace y acuerdo que existe en las tres parábolas precitadas, y encuentra en ellas tres grandes consuelos para nuestra miseria, tres motivos de esperanza en el abismo de nuestros pecados y una triple cadena que nos arroja la divina misericordia para que nos aseguremos y fortifiquemos con ella. El padre es Dios, el pastor es Cristo, la mujer es la Iglesia Católica llena del Espíritu Santo, y por todas partes está Jesús, el Salvador, que busca nuestra alma como una humilde madre de familia busca lo que hay para ella de más precioso; que nos guía y lleva como un pastor vigilante y que nos acoge amorosamente como un padre. Nosotros somos ¡oh Pastor! vuestras ovejas; ¡condúcenos á los pastos deliciosos de la eternidad! Somos ¡oh Rey! la dracma perdida, que llevamos grabada en nuestra alma tu imagen y tu dulce nombre; ¡sácanos de entre el polvo de nuestra miseria y vuélvenos á nuestro primitivo esplendor! Nosotros somos, en fin, ¡oh Padre! el hijo prodigo; ¡venid y corred hacia nosotros y quitadnos el yugo tan pesado del demonio, devolviéndonos el suavísimo yugo de vuestro amor!

El divino Maestro, expresándose siempre en ese dulce lenguaje de las parábolas, dió también nuevas instrucciones acerca

del desprecio de las riquezas, y enseñó á los hombres la manera de justificarse de la culpa cometida en la mala adquisición de los bienes temporales, encargándoles que los distribuyesen entre los pobres, para llegar por medio de la limosna á tener amigos en el cielo.

Los fariseos ricos, llenos de orgullo igualmente que de avaricia, creían que los bienes que poseían no eran sino una justa recompensa de virtudes que ellos se atribuían, y, extraviados por ese erróneo concepto, se burlaban de las enseñanzas que les daba Jesucristo sobre la limosna; por lo que el Salvador, para contestar á sus desprecios, les refirió la doble parábola de Lázaro pobre y del rico avariento. El pobre Lázaro, cubierto de úlceras, pide al rico las migajas de pan que caían de su mesa, y ni aún esa gracia alcanza; muere después, y los angeles le conducen al seno de Abraham. Á su vez muere también el rico y baja al infierno, y de medio de las llamas grita, dirigiéndose hacia Abraham : *«Padre, tened piedad de mí, y enviadme á Lázaro, á fin de que moje en agua la yema de su dedo para refrescarme la lengua.»* Abraham responde á este condenado: *«Entre ti y Lázaro ha puesto la justicia un abismo que ni tú ni él podéis traspasar.»* Á pesar de eso, los fariseos no se convertían; pero los discípulos de Jesús se instruían con esas lecciones, llenas de sabiduría, y se quedaban grabadas en su memoria para ser después transmitidas á la posteridad.

EL JUEZ INICUO, LA ORACIÓN

Todavía habló Jesús á los fariseos acerca de la oración, á pesar de que lo había hecho antes tomando el ejemplo de un hombre que se levantó á media noche y dió lo que no quería dar, únicamente por librarse de la molestia importuna de aquel que no cesaba de pedirle y de llamar á su puerta, con motivo de lo cual añadía Jesús : *«Si un hombre hace eso, ¿qué no hará vuestro Padre, que es justo y bueno?»* Y bajo de otra forma diferente repitió esa misma instrucción en confirmación de estas palabras : *«Es necesario orar siempre y no cesar. Había, dijo, un juez que no tenía temor de Dios y que no cuidaba tampoco de los hombres, y un día se acercó á él una viuda y le dijo: «Hacedme justicia por lo que á mi parte concierne; y el juez lo rehusó por mucho tiempo, hasta que al fin dijo para sí mismo: «Aun cuando yo no tema á Dios, ni tampoco me importen nada los hombres, sin embargo, ya que esta viuda me importuna, la haré justicia, no sea que al fin me cause alguna afrenta y me avergüence. Vosotros oís lo que dice este juez inicuo; y ¿os parece que Dios no vengará á sus escogidos, que elevan á Él sus gritos día y noche, y que sufrirá que se les oprima por más tiempo? En verdad os digo que Él los vengará bien pronto.»*

La venganza de los justos y la que se les ha mandado pedir es su libertad, porque ellos no reclaman ser vengados con-